

ACTA No. 1218
TERCER PERIODO ORDINARIO DE LA XLVII LEGISLATURA
SESIÓN ESPECIAL
REALIZADA EL 12 DE JUNIO DE 2013
PRESIDE: EL SEGUNDO VICEPRESIDENTE, SR. MAURICIO DE
BENEDETTI

En la ciudad de Paysandú se reunió en sesión especial la Junta Departamental el doce de junio de dos mil trece; el acto comenzó a las diecinueve horas y treinta y tres minutos y contó con la asistencia de los siguientes señores ediles:

TITULARES

AVELLANAL, Enrique	PASTORINI, Hermes
BAIZ, Silvano	QUEIROS, Ricardo
BARTZABAL, Rafael	REZZANO, Gustavo
DE BENEDETTI, Mauricio	SOCA, Francis
DUARTE, Walter	TERRA, Arturo
LACA, Juan	TESKE, Nelda
LOPARDO, Luis	VASQUEZ VARELA, Patricia

SUPLENTES

SILVA, Bartolo	ACOSTA, Marcelo
DALMÁS, Dino	BENÍTEZ, Nair
SAN JUAN, Ana María	PIZZORNO, Javier
SUÁREZ, Claro	HENDERSON, Mario
BARTABURU, Jorge	DE SOUZA, Leonardo
SOLSONA, Pedro	GENTILE, Francisco
CARBALLO, José	ACOSTA, William
MIÑOS, Luis	INELLA, Miguel
KNIAZEV, Julio	VILLAGRÁN, Saúl
MENDIETA, Beder	NAVADIÁN, Sandra
ARZUAGA, Susana	BERNARDONI, Didier
BECEIRO, Héctor	ANDRUSYSZYN, Daniel
MASDEU, Olga	MALEL, Enrique

Asisten, especialmente invitados, el Intendente Departamental, señor Bertil Bentos y los Rep.Nales., señores Luis Ziminov y Miguel Otegui, familiares del homenajeado y público en general.-

Actúan en Secretaría el Secretario General, señor Robert Pintos y la Prosecretaria, señora Mabel Ramagli.

HOMENAJE AL DR. ORLANDO ALVAREZ VIERA, DESTACADA
PERSONALIDAD DE NUESTRO MEDIO

Disertantes: Dr. Hediber Oddone y Sr. Edison Cruz.-

SR. PRESIDENTE (de Benedetti): Damos comienzo a la sesión especial. En primer lugar, invitamos al señor Intendente Departamental a que nos acompañe en la Mesa.

Pasamos a entonar el Himno a Paysandú.

(Los señores ediles se ponen de pie y entonan las estrofas del Himno a Paysandú)

(Aplausos)

Agradecemos la presencia de los representantes nacionales, diputados Miguel Otegui y Luis Ziminov, que nos acompañan en esta instancia.

Como todos los años, al celebrarse un nuevo aniversario de la declaratoria de ciudad, de la entonces villa Paysandú, que por Ley 780 aprobó el Parlamento el 8 de junio de 1863, hace exactamente 150 años, desde el año 1964 esta Junta ha venido homenajando a un ciudadano desaparecido físicamente, pero presente en sus realizaciones para el bien de toda nuestra sociedad.

Acorde a nuestro Reglamento, los integrantes de la Comisión de Cultura quienes son sugieren el nombre que luego es aprobado, en este caso por unanimidad del plenario. Este año el reconocimiento es para el doctor Orlando Álvarez Viera. En coordinación entre la Comisión de Cultura y familiares han designado a dos personas para describir lo que fue su vida en sus dos amores: la medicina y el deporte.

Invitamos al doctor Hediber "Tatá" Oddone y al señor Edison Cruz a que nos acompañen en la Mesa.

Tiene la palabra, el doctor Oddone.

DR. ODDONE: Muchas gracias por invitarme, es un halago estar aquí en el marco de los festejos de los 150 años de Paysandú-ciudad, y a todos ustedes por llenar esta Sala. Saludo a los familiares del doctor Orlando Álvarez Viera -hay algunos presentes- al Presidente de la Junta Departamental, Daniel Arcieri, al intendente Bertil Bentos, a los señores ediles y público en general.

Vamos a hablar de este colega, haciendo primero una breve reseña biográfica.

Nació en Guichón el día 30 de julio de 1935, en la casa de una tía. Hizo primaria en la Escuela No. 5 de esa localidad; secundaria, como interno en el Colegio Pío del barrio Colón de Montevideo. Estudió y se recibió de médico el 19 de abril de 1967, día del cumpleaños de su madre. Pasó a residir en nuestra ciudad ese año, siendo médico cofundador de Comepa y a ejercer su profesión como Médico General mientras adquiría su formación en cirugía. Tuvo numerosos hermanos y medio hermanos, y cinco hijos -de mayor a menor: Teresa, Marcial, Federico, Gabriela y Paulino-, tres de ellos médicos, Teresa, Marcial y Gabriela; Federico es abogado, y Paulino se desempeña como secretario del servicio de Imagenología de Comepa.

Lo conocí en el año 1975, en mis primeras incursiones en el Hospital, pero realmente tomé contacto directo con él en el año 1977, después de

recibirme, radicarme en nuestra ciudad y pasar a formar parte del equipo de Cirugía.

Rápidamente nos integramos y pasamos a formar un equipo de diez cirujanos que trabajábamos juntos. Ese trabajo llenó gran parte de nuestras vidas y para hacerlo bien teníamos que amarlo. Éramos conscientes de la gran responsabilidad que habíamos asumido, estaba en nuestras manos lo más valioso que tiene una persona, que es su salud.

El doctor Álvarez Viera amaba su trabajo, su disposición era permanente, era fácil ubicarlo porque siempre avisaba donde iba a estar -no olvidemos que en esos primeros años no existían los teléfonos celulares-, y más allá de lo que estaba haciendo, uno lo llamaba, llegaba de buen ánimo y no le molestaba, sabía que su principal responsabilidad era su tarea como médico; aunque algunas personas afirmaban que le dedicaba más tiempo a su club Independencia que a la Medicina, esto no era así.

A pesar de que no era muy partidario de asistir a congresos, se mantenía informado porque leía; contaba en su haber con un gran número de libros, permanentemente iba adquiriendo nuevos, y no sólo los tenía en su poder sino que los leía, lo que hace la diferencia. Puedo afirmar que esto era así porque aplicaba sus lecturas en el desempeño quirúrgico, además de hablar con conocimiento de determinadas técnicas.

Desde mi llegada a Paysandú, en el año 1977, hasta el año 1990, los materiales de sutura no eran enhebrados, el material que se usaba era el lino, se utilizaban hebras de 30 centímetros y había que enhebrar las agujas. Él era muy hábil y muy rápido operando, entonces ponía en aprieto al equipo quirúrgico porque la instrumentista tenía que enhebrar las agujas y cada hebra se utilizaba solamente para un punto. A su vez, el ayudante tenía que hacer tres nudos; él pasaba los puntos tan rápido y aparte iba diciendo “vamos, vamos, punto, punto” y cuando llegaba algún momento difícil decía “¡ah mamita querida!” -era un dicho que mencionaba siempre cuando se encontraba con alguna dificultad. De todas maneras, a pesar de la velocidad con que operaba, era extremadamente prolijo.

Hace poco conversando con Julio Romero y Felipe Tello -que lo acompañaron a lo largo de toda su carrera, uno como circulante en la sala de operaciones y el otro como técnico Anestesiista- decían “una operación que el doctor Alvarez hace en media hora, tal vez a otro cirujano le lleve tres cuartos o a alguno incluso una hora”.

Y este doctor siempre decía “a mí no me importa hacer cosas extraordinarias, grandes cirugías, lo que me importa es hacerlo extraordinariamente bien, aunque sea un pequeño acto quirúrgico”.

Y fui testigo de innumerables intervenciones en que lo ayudábamos de que esto era así. Y la mejor prueba de ello, en que la subjetividad queda de lado, era la buena recuperación de sus pacientes operados. Posteriormente su seguimiento, a veces los pacientes pasaban a domicilio y si él se enteraba de que algo no andaba bien iba a las casas, cobraba a veces cuando podía y, si no, no cobraba, no era muy interesado, a pesar de que en ese tiempo la atención muchas veces era particular.

Y si personalmente no podía seguir a un enfermo le encargaba a los ayudantes o a los menores -que en esa época lo éramos- que le informáramos de su evolución. Si algo no andaba bien, su preocupación no quedaba en eso sino que se convertía en algo resolutivo, no vacilaba en pedir

opinión o ayuda a colegas sobre la conducta a seguir –en eso no tenía orgullo-, que a veces resultaba en reoperaciones, sea el día que fuera o a la hora que fuera, dos, tres de la madrugada, no importaba.

También es de destacar su conducta en el acto quirúrgico, sin tribulaciones innecesarias, su respeto con las personas que lo rodeaban en la sala de operaciones: enfermeras, instrumentistas, circulantes, a las que generalmente se refería a ellas llamándolas “señoras”.

Todo ello hacía que el acto operatorio transcurriera de forma fluida, sin sobresaltos y, de esa manera, todos conformes con un trabajo bien hecho, en un ambiente agradable. Al finalizar, especialmente en casos complicados, agradecía a todos, comentando “gracias a ustedes esto salió bien”.

Sus temas de conversación predilectos –aparte de los de todos los días, del tiempo y de cosas banales-, como todos sabemos, sus grandes pasiones fueron el fútbol, el tango y la vida de Gardel.

Por ejemplo, cuando había que preparar la sala de operaciones -entre una operación y otra hay un intervalo- él siempre hacía algún comentario, alguna anécdota de todas las que sabía, y nos mantenía entretenidos.

En ese tiempo, hasta el año 90, en que la informática no se había desarrollado, era difícil conseguir material sobre biografías y detalles de cosas que habían pasado, a veces muchos años atrás, pero como él siempre estaba investigando se había convertido en un erudito para mí, que yo sabía poco de tango, y menos aún de fútbol. En mi niñez me gustaba el tango, recuerdo que iba a ver a Donato Racciatti, que venía a los galpones de Pena, al lado de mi casa, pero no me dejaban entrar porque tenía muy poca edad, y él como que me hizo reintroducir en el tango y me lo hizo gustar. El sabía que de fútbol yo no sabía prácticamente nada, entonces me hablaba de los grandes acontecimientos futbolísticos de la historia del Uruguay. Y una cosa que él tenía siempre presente era la final de Brasil y Uruguay en el año 1950, lo que se llamó “el Maracanazo”. De ese partido él prácticamente sabía minuto a minuto lo que había pasado, sabía de memoria el relato de la transmisión de Carlos Solé, las instancias previas a los goles, repetía de memoria los pases de los jugadores; era algo llamativo cómo lo podía recordar.

Un hecho interesante -que varias veces me lo comentó- era cómo Obdulio Varela, cuando el primer gol, que fue de Brasil, le fue a reclamar al Juez posición adelantada sabiendo bien que esto no era así; tomó la pelota y le fue a reclamar al juez que era inglés y no entendía el español.

De esta manera hizo tiempo porque las tribunas estaban con un griterío ensordecedor, había como doscientas mil personas en el estadio, los pocos uruguayos que había en las tribunas estaban apabullados; y de esta manera, al hacerse el intervalo, la gente se calmó y ello permitió seguir el partido con mayor tranquilidad. Era uno de los jugadores que él más admiraba, le llamaban “el Negro Jefe”, era el capitán del equipo, y me decía: “te das cuenta la calidad del tipo éste”, que era un poco la manera de él de expresarse. Y afirmaba que en la vida tenía mucho que aprender del fútbol.

Cuando había alguna discusión, que es frecuente en el block quirúrgico porque ahí trabaja mucha gente decía: “bueno ché, pelota al piso, acuérdense de Varela”, para de esta manera calmar los ánimos alterados.

Constantemente hacía mención en el equipo quirúrgico a que, como en un cuadro de fútbol, tenía que haber “espíritu de cuerpo”, en la búsqueda de mejores resultados.

Su otra pasión -como la mayoría sabe- era el tango y su máximo exponente Carlos Gardel.

Y se repetía lo mismo, cuando llegaba él, por ejemplo, estábamos en una guardia nos saludaba, habitualmente a mí me saludaba cantando una estrofa de un tango “percanta que me amuraste en lo mejor de mi vida, dejándome el alma herida...” o “ché papusa oí, los acordes melodiosos que murmura el bandoneón” o “si supieras que aún dentro de mi alma, conservo aquel cariño que tuve para tí”. Eso por nombrar algunos de los muchísimos, pero muchísimos tangos que conocía; a muchos les conocía la letra entera, a otros fragmentos. Por ejemplo, en el caso de “La Cumparsita” hay como dos o tres letras que él conocía, la más común, la de Pascual Contursi, la cantaba seguido, también cantaba la de Gerardo Matos Rodríguez, que es una letra muy triste, y yo le decía “no Negro” –porque le decíamos negro, yo le decía negro y a veces “Matías” por el jugador, el defensa atrasado de Uruguay que era el que cuidaba la parte de atrás de la cancha de juego, y él nos cubría las espaldas cuando nosotros éramos jóvenes y más adelante también, por eso le decíamos Matías-. Y como a mí no me gustaba mi nombre -yo me llamo Hediber-, él me decía Hediberto y después cambió para Filiberto -por Juan de Dios Filiberto-, el famoso compositor de tango que hizo “el Pañuelito”, “Caminito”.

Y en cuanto a Gardel, que era su otra pasión, con esa mezcla de historia y leyenda que lo rodea, no paraba de sacar conclusiones de sus posibles nacionalidades, que había sido argentino, francés, uruguayo, y en una época me afirmaba que había nacido en Paysandú, que no era en Tacuarembó, porque había ido a Tambores y parece que el casco de Carlos Scayola, que supuestamente era donde Gardel había nacido, está dentro del límite del departamento de Paysandú, si bien próximo a Tacuarembó; entonces decía que Gardel era uruguayo.

Conocía muchísimo de los tangos que había grabado Gardel y admiraba cómo en esa época en que no estaban muy difundidas las grabaciones, era muy difícil grabar, alguien podía haber grabado más de mil canciones. La primera grabación que hizo Gardel fue la canción “Mi tirador plateado”, cuya letra pertenecía a un poeta sanducero que se llamaba Oscar Orozco; entonces, decía “te das cuenta, somos una tierra de grandes valores musicales, tenemos a Gardel, a Alfredo Gobbi, Luis Díaz -que eran letristas de esa época que fueron muy famosos- y también te das cuenta que la letra de la primera grabación de Gardel era de una persona de Paysandú.

También valoraba, por ejemplo, a Los Iracundos por su difusión de la música moderna y su valor como músicos, y decía “nosotros tendemos a valorar más lo extranjero y tenemos que valorar más lo nuestro”.

Por supuesto también nombraba a las grandes orquestas típicas de esos tiempos porque a él lo que le interesaba más era la trayectoria de Gardel y la historia del tango en la época gardeliana, eran los tangos que más le gustaban; hasta la muerte de Gardel, en el año 35, esa cantidad de tangos grabados hasta esa época era lo que más conocía. De las orquestas de Juan D’Arienzo, de Pugliese, Troilo, Horacio Salgán, sabía los nombres de los músicos o de la mayoría de ellos. Yo le decía pero ¿cómo hacés para recordar tantos

nombres? y él me contestaba “no hay que tener un talento especial; lo que hay que tener es una gran curiosidad –decía- de investigar y leer, de esta manera, asociando ideas uno recuerda las cosas”. También los músicos que integraban las orquestas me los recitaba como que fueran equipos de fútbol. Más o menos, decía: “cuatro en bandoneón, cuatro en violín –y los nombraba a cada uno- el pianista era tal. Sabía también de los letristas, Enrique Cadícamo, Discépolo, Homero Manzi, Pascual Contursi, y también sabía obra y milagro de los cantantes, por ejemplo, de Agustín Magaldi -porque no era solo Gardel-, Ignacio Corsini, Sofía Bazán, Osvaldo Pugliese, Rivero, Goyeneche, le gustaba también, ya más moderno, Julio Sosa.

Y así, entre operaciones y anécdotas, y ahora en retrospectiva, nos parece que los años pasaron muy pero muy rápido.

Se retiró en el año 2006, a los 70 años de edad; su muerte ocurriría súbitamente dos años después, el 19 de abril del año 2008. Parece como que Dios lo recompensó con una muerte linda por haberlo llevado un poco prematuramente, al parecer ni se enteró, y como dijera Felipe Tello “le ahorró las achaques de la vejez”.

Fue un buen cirujano, un gran trabajador, un hombre jovial, sencillo y amable, de voz cálida. Su infancia, transcurrida en el medio rural, le dejó estigmas que se notaban en algunos gestos y en su manera de hablar, hay quien dice “que quien escribe en el alma de un niño lo hace para siempre”. Fue una suerte haberlo tenido como compañero del equipo quirúrgico de Paysandú durante tantos años.

No todo fue armonía y cordialidad en todo ese tiempo; la cirugía es una disciplina que exige una permanente dedicación, estresante por momentos, esto lleva a que se caldeen los ánimos, pero el doctor Álvarez fue un elemento moderador que se imponía por su cordura.

Agradezco públicamente sus enseñanzas, su ejemplo, su apoyo en momentos difíciles, su compañerismo, que hizo más grato y eficiente el desempeño de nuestra profesión.

Agradezco también a las personas que pensaron en él para este homenaje que me parece un justo reconocimiento a quien curó, alivió, dio consuelo y encauzó a través de su club la vida de tanta gente, haciendo una obra social en nuestra comunidad.

Quiero terminar con un pasaje de un libro de la autora María Rosa Lojo, que se llama “Finisterre” en que hay una cautiva de los indios ranqueles, una cautiva blanca que había permanecido muchos años ayudando al chamán de la tribu –el chamán era como colega nuestro, vamos a decir, era el brujo, el adivino, el médico- y ella le dice en la despedida: “¿Y ahora? No nos veremos más?” Y el chamán le contesta: “Tú, me verás en tus sueños; yo te veré en los míos, ya te enterarás cuando tome el camino de los volcanes” –el camino de los volcanes para la nación ranquel era el otro mundo, el más allá- “ahí te esperaré y cuando llegue tu hora, volveremos a reunirnos y estaremos nuevamente juntos. Así que no me digas adiós, dime hasta pronto”. Yo traslado esa despedida, ya que estamos evocando al doctor Álvarez Viera, le digo, “hasta pronto, querido amigo”.

Muchísimas gracias a todos por la atención.

(Aplausos)

SR. PRESIDENTE (de Benedetti): A continuación, le cedemos la palabra el señor Edison Cruz.

SR. CRUZ: Le pido disculpas, doctor, pero yo no voy a poder hablar tanto. Fue maravillosa su intervención, sinceramente me dejó impresionado y muy halagado.

En primer término, quiero agradecer a los señores ediles la deferencia que tuvieron en darme la oportunidad de hacer uso de la palabra y más en estos 150 años de la ciudad de Paysandú, que son tan significativos para todos nosotros. Quiero también agradecer la presencia del amigo Intendente y de las demás autoridades que se han hecho presentes en este acto. Cuando yo agradecí a los señores ediles, lo hice pensando en dos cosas: en que me daban la oportunidad de hablar de quien fue un gran presidente de Independencia, como lo fue el doctor Orlando Álvarez Viera pero, a su vez, me dieron otra oportunidad más grande, esa que a veces se atraviesa por acá y uno no sabe por qué, porque voy a hablar de un amigo, de alguien a quien yo supe querer, porque él se lo merecía; y no fui el único que lo supe querer, creo que hubo varias personas que tuvieron el honor de conocerlo y al conocerlo no se podía dejar de quererlo.

Pero yo sé que ustedes quieren saber, a mí me toca la parte deportiva, cuál fue la razón por la que el doctor Álvarez Viera llegó a nuestra institución. En determinado momento estábamos en una de esas reuniones que teníamos en la sede cuando estaba en calle Colón casi Montevideo, y alguien dijo: “en el Hospital hay un doctor, que es gran hinchado de Independencia”. Nosotros lo quedamos mirando y lo primero que quisimos saber fue a quién se refería, y el manifestó: “es el doctor Orlando Álvarez Viera”. Eso nos dio la posibilidad de entrar en conversación de directiva. Yo quiero que ustedes tengan en cuenta que toda directiva social, y más en este caso una directiva deportiva, siempre está necesitando de nuevos dirigentes porque cada vez es más grande el esfuerzo que tenemos que realizar, ya que así lo quieren las circunstancias, y nosotros de ninguna manera debemos esquivar esa responsabilidad que tenemos. Entonces decidimos que un grupo -creo que éramos cuatro, entre ellos estaba yo- tenía que mantener una entrevista con el doctor. Así lo hicimos, conversamos, nuestro planteo fue que lo necesitábamos, pero el suyo fue decirnos por qué era hinchado de Independencia, por qué había nacido en él ese gran sentimiento por ese Club. Después que conversamos nos dijo que le diéramos un tiempito, porque tenía que ordenar ciertas cosas, para contestar el planteamiento que le formulamos. La verdad es que, cuando dijo “un tiempito” tal vez no se imaginó que a los dos días íbamos a estar con él y a partir de ese momento integraría la directiva de Independencia. Con el tiempo -con el breve tiempo- fue nuestro Presidente y creó en nosotros un sentimiento y una obligación de ver las cosas del deporte, como posiblemente no lo habíamos hecho hasta ese momento.

Obtuvimos una cancha y ahí comenzamos a dar los primeros pasos de lo que sería nuestra sede. Cuando esa primera sede, estaba casi pronta, nos trasladamos allí y comenzamos a trabajar con mucho más intensidad de lo que lo habíamos hecho y ya en la sede propia al Doctor se le ocurrían, se le ocurrían y se le ocurrían cosas, y no podíamos eludirlas porque también eran parte de nuestro sentimiento; no eran cosas inventadas por él, eran razonadas por él pero sentidas profundamente por nosotros. Cuando se nos pedía algo -no era una orden, pero andaba muy cerca de serlo- sentíamos una total y profunda satisfacción de poder servir a ese Presidente, porque a la vez estábamos sirviendo como nunca a la institución.

Recuerdo que se nos ocurrió, o tal vez se le ocurrió primero a él, que teníamos que hacer las tribunas; porque no hay cosa más linda y agradable para una institución que hacer las tribunas, allí donde se junta la gente, el pueblo, donde los que tienen un pensamiento hermanado de su institución se sienten más protegidos, con más fuerza espiritual para todas las cosas.

Comenzamos a hacerlas, también las cabinas donde se ubicaban los radios para transmitir, y para ello fue necesario recurrir a donaciones -¡y vaya, fueron unas cuántas!- para reunir todo el material que precisábamos incluso hierros torcidos -que nosotros los poníamos en condiciones para que nos sirvieran. No sólo eso, había gente de alguna otra empresa que le daba el carácter serio a esa construcción, porque teníamos que hacerla teniendo la seguridad de que iba a ser fuerte, iba a rendir sus verdaderos frutos. Pero les puedo asegurar que todos los directivos -en parte hasta yo también me considero uno- y la gran cantidad de compañeros partidarios de Independencia sin ser directivos también se acercaban para poder construir esas tribunas lo antes posible. Recuerdo que hasta de noche se nos encontraba trabajando. También se pensó en que la cancha debía tener una buena iluminación, pero para hacerla había que tener las columnas. También se necesitó material y muchas cosas más, que de una y otra forma las fuimos consiguiendo.

Cuando se terminaron las tribunas, cuando la presencia de la cancha era un tanto diferente, también se amplió la cantina. ¿Qué era la cantina? Recibía a la gente el día domingo cuando iban a los partidos de fútbol, pero también nos permitía a nosotros reunirnos, intercambiar ideas, pero sobre todo le permitía a los jugadores de fútbol, cuando tenían que esperar hasta el día siguiente para disputar el partido, tener un lugar donde quedarse, dormir, descansar -y lo tenían, por supuesto que sí. Normalmente el sábado a la noche en la cantina había que prepararles la cena; el domingo, alrededor de las 7 de la mañana, el doctor Álvarez Viera y su señora, Nelly, que fue extremadamente dinámica y trabajadora para la institución -desde tempranas horas de la mañana preparaban el desayuno para los jugadores -ellos mismos lo llevaban a la sede. Los jugadores desayunaban temprano, pero temprano también tenían que almorzar -no se olviden que si desarrollan su actividad en horas de la tarde, tampoco pueden almorzar muy tarde. Todo eso precisaba trabajo, esfuerzo, y estas dos personas -y los demás compañeros también por qué no decirlo, pero sobre todo estas dos personas- lo brindaban con muchas ganas, con mucho amor y mucho deseo.

Recuerdo que un día se resolvió que a los baños había que hacerlos prácticamente a nuevo, y se hicieron, también los vestuarios, el lugar de concentración y muchas cosas más. La cancha estaba rodeada de un alambrado, que además de tener sus columnas tenía losetas toda la vuelta. Además, al frente de la institución se hizo un muro, con el tiempo se le colocó propaganda, que servía para mantener todo lo que con esfuerzo se estaba realizando. Después vino la cancha de baby fútbol. Claro, como el doctor Álvarez quería mucho al fútbol, quería que los jovencitos con el tiempo se fueran formando.

Recuerdo el día en que Paulino, su hijo, comenzó a jugar al fútbol en Independencia y con el tiempo llegó a ser parte de la Selección de Paysandú; yo pienso, cómo habrá golpeado de fuerte esa alegría, ese sentimiento de saber que había alguien de su misma estaba luchando y cómo lo hacía, con qué capacidad. Eso no era fácil de lograr para un padre como él, y estoy

convencido de que le llegó profundamente a él y también a la madre. Esas son las cosas gratas que trae el fútbol, que a veces nosotros no nos imaginamos porque pensamos que es una actitud más que estamos realizando y no le damos la importancia que debe tener.

Hoy me llamó el edil Laborde, que fue preparador físico de Independencia, y me dijo “te voy a contar dos cosas que es muy probable que tú no sepas” –en verdad no las sabía. Una de ellas –me dijo- que el doctor Alvarez de mañana siempre lo iba a visitar al taller que él tenía, creo que en el año 1984; según él, alrededor de tres meses llovió intensamente, y jugar en esa situación para los jugadores técnicamente es perjudicial. Entonces Laborde, director técnico, se había propuesto superar esa situación, y cuando llegó el doctor Alvarez le dijo que necesitaba una pileta -esas piletas de baño que hay en las casas- para posibilitar a los jugadores baños de inmersión. “Usted me tiene que conseguir la pileta y me tiene que conseguir aspirinas” –dice- “no hay problema, pileta ya sé dónde hay una” –parece que donde yo tenía mi lugar de remate había una, que le vino muy bien al doctor Alvarez, en especial a Independencia. Entonces, allí se daba al jugador de fútbol un baño rápido –llamémosle así- y después había una mesa en la que se le efectuaban masajes.

Quiere decir que la presencia del doctor estaba en todas y cada una de las circunstancias. Dice que un joven que había venido a jugar al fútbol a Independencia era partidario de tomarse alguna pastilla, no sé si sería para los nervios o por dar más empuje en su carrera; la cuestión es que eso lo supo Laborde y entonces le pidió al doctor Alvarez que le hiciera una especie de aspirinas con talco, que parece se hicieron en el Hospital.

Un día de práctica le dio una de esas pastillas a ese jugador y parece que anduvo más fuerte o más ligero que nunca, lo cual satisfizo tanto al técnico como al propio jugador. Entonces el preparador físico le dice a este muchacho “bueno, para el domingo te voy a dar otra”, y le dio otra pastilla de esas y jugó –según él- de manera muy pero muy significativa. Después que terminó el partido, el jugador quería saber qué era lo que había tomado, y él le dijo “preguntale al doctor qué fue lo que tomaste”. Cuando el doctor le dijo lo que había tomado él no podía creer. Quiere decir que él tuvo la ilusión de que la única manera de jugar bien, de poder desempeñarse con corrección era tomando medicamentos, que no eran los más adecuados; él nunca pensó que se le había dado esa pastilla sin fuerza y sin valor, pero “se la habían colocado en la cabeza”, con la que muchos debemos pensar muchas veces un poco más para actuar. Y ese jugador le agradeció a Laborde y le dijo “mirá, ahora comprendo lo que me han querido decir ustedes y de aquí en adelante voy a jugar como corresponda y sin tomar nada raro”.

Estas son las cosas que ocurren no solo en el fútbol, ocurren en la vida; lo que pasa es que a veces nosotros no tenemos la oportunidad de conocerlas y menos aún de valorarlas.

Pienso que hablar del doctor Alvarez nos dé lugar para más de una reunión de esta naturaleza. Pero quiero terminar porque si es cierto que está allá arriba como se dice –y yo no tengo por qué dudar de que la gente y más la que es buena y decente llegue ahí- si está allá arriba está acompañado por Dios, y desde allá seguramente esté mirando hacia aquí y nos esté diciendo que él cumplió una función feliz en su vida como deportista pero que nosotros de algo le servimos. Y si algún día, pensando en él, miramos hacia arriba no

importa que se nos caiga una lágrima, porque ésta va a penetrar profundamente en nuestros corazones, pero a su vez, también, va a llegar al corazón de ese gran hombre que se nos fue. Gracias.

Aplausos.-

SR.PRESIDENTE (de Benedetti): A continuación, por parte de Secretaría se dará lectura a las saluciones recibidas.

SRA.PROSRIA. (Ramagli): (Lee): *“Señor Presidente, señores Ediles, autoridades civiles y militares, familiares y amigos del doctor Orlando Alvarez Viera.*

Consejo médico de reposo me impide estar en esta sesión de recordación y homenaje al doctor Orlando Alvarez Viera. Una celebración de homenaje que a ciudadanos de nuestro departamento la Junta Departamental realiza cada mes de junio, hoy coincidiendo con los festejos de los 150 años de la declaratoria de Paysandú –ciudad.

Recuerdo con particular cariño al doctor Alvarez Viera, quien en su constante lucha por el Club Independencia y el deporte, visitaba todos los sábados mi casa paterna vendiendo productos para los gastos que la institución requería.

En mi trato con él, siendo yo niño, después adolescente, recuerdo su ¿“cómo le va? o ¿cómo está usted?”, un trato que no levantaba barrera, sí confianza y respeto, valores que supo mantener siempre a lo largo de su vida. Recuerdo sus consejos y enseñanzas.

Tengo, además, la alegría de haber compartido con algunos de sus hijos pasos de mi vida, a los cuales recuerdo con afecto, a Marcial, a Gabriela, a Teresa, a Federico y hoy, por distintas razones, también a Paulino.

Les mando mi cariño y mi afecto teniendo presente desde mi niñez el mejor recuerdo de vuestro Padre. Daniel Arcieri Rodríguez.”

“Presente. De mi mayor consideración.

Por intermedio de la presente, hago llegar mi saludo a usted y demás integrantes de este prestigioso Cuerpo, así como a los familiares y amigos del doctor Orlando Álvarez Viera.

A la distancia quiero adherir al homenaje que justamente se le realiza.

El doctor Álvarez Viera era de esas personas que a través de sus acciones trascendió su vida y perdura en el tiempo por todo lo que hizo por nuestra comunidad. No solo por su actividad profesional como médico cirujano, sino también por su invaluable e incansable trabajo por el deporte de Paysandú, especialmente, desde su querido club Independencia, al que dedicó gran parte de su vida.

Tuve la suerte de conocerlo personalmente, realmente era de esas personas que no se pueden olvidar, siempre estaba dispuesto a ayudar a todos sin importar quién era y de dónde provenía.

Lamentablemente, debido a que me encuentro en la capital del país, me es imposible acompañarlos como hubiese deseado.

En mi lugar, estará presente mi suplente en la banca de Diputados, el señor Luis Alberto Ziminov.

Sin otro particular, saluda atentamente. Walter Verri. Representante Nacional.”

(Aplausos)

“El Prefecto del Puerto de Paysandú, Capitán de Corbeta Wilson Espíndola Cadenasso, saluda con su mayor consideración al Presidente de la

Junta Departamental de Paysandú, señor Daniel Arcieri Rodríguez y por su intermedio a todos los integrantes de ese deliberativo, agradeciendo la invitación recibida para la sesión especial a llevarse a cabo en el día de la fecha.-

Razones de fuerza mayor, de índole personal, hacen imposible la asistencia del suscrito a tan distinguido evento, haciendo llegar las más sinceras disculpas del caso.

Hago propicia la oportunidad para reiterarme a vuestra entera disposición desde esta Prefectura de Puerto.- Paysandú, 12 de junio de 2013.”

(Aplausos)

SR. PRESIDENTE (de Benedetti): Tenemos unos presentes para entregar a los hijos y familiares del doctor Álvarez. Invitamos a los integrantes de la Comisión de Cultura a hacer entrega de una plaqueta recordatoria. Patricia Vasquez Varela a Marcial.

(Aplausos)

La edila Olga Masdeu hará entrega a Gabriela.

(Aplausos)

El edil de Souza hará entrega a Paulino.

(Aplausos)

Le solicitamos a algún familiar que reciba en nombre de Federico, ya que no está presente; entregará la señora edila Patricia Vasquez Varela.

(Aplausos)

La edila Olga Masdeu hará entrega de una placa a quien represente a Teresa.

(Aplausos)

Le solicito a la señora Nelly que se acerque para entregarle un obsequio.

(Aplausos)

Invitamos al señor Hugo Dorrego, en representación del Club Independencia, a quien el edil Leonardo de Souza hará entrega de un escudo de Paysandú.

(Aplausos)

El señor Intendente hará entrega de un presente al doctor Oddone.

(Aplausos)

Le hacemos entrega de un presente al señor Edison Cruz.

(Aplausos)

SR. PRESIDENTE (de Benedetti): Para finalizar, desde ya le deseo una pronta recuperación a nuestro presidente, Daniel Arcieri, que por motivos de salud no pudo presidir esta sesión. Agradezco a todos los presentes, no solo su presencia sino el respeto con que se llevó adelante esta sesión. Quiero invitarlos a levantar la misma de una manera diferente, con un aplauso a la memoria del doctor Álvarez Viera.

(Aplausos)

(Es la hora 20:32)